



## XVI.

### CONQUISTA DE TÚNEZ.

1533-1536.

Proezas de Barbarroja.—Prosperidad de Argel.—Entrada en Constantinopla.—Reorganiza la marina turca.—Se apodera de Túnez.—Armada en Barcelona.—La galera Real.—Embarca el Emperador.—Sitio de la Goleta.—Batalla de Túnez.—Huida de Barbarroja.—Hácese fuerte en Bona.—Campaña de Provenza.—Retirada.



QUEDÓ Carlos V contento de sus campañas en Alemania y Flandes, sobre todo de aquella en que hizo volver espaldas al gran turco desde las murallas de Viena hasta el mar Negro, estimándola de las más honradas y gloriosas que hizo príncipe en el mundo, por lo que beneficiaba á la cristiandad. Volvió á Italia, alojándose en Génova en la casa de Andrea Doria, que le dió hospitalidad verdaderamente regia: embarcó en su galera capitana el 9 de Abril de 1533, y vino á desembarcar en Rosas el 21, madurando en el camino proyectos de acción naval reclamada por el clamoreo de los ribereños <sup>1</sup>.

En realidad no parecía que imperase sobre ellos en absoluto; sonaba más que el suyo el nombre de Barbarroja, señor del mar desde las Columnas de Hércules á las playas de Italia, con tantos servidores activos, con tantas embarcacio-

<sup>1</sup> En 15 de Abril escribió al Duque de Medina Sidonia ordenando reforzar la guarnición de Melilla y que procurara recuperar á Cazaza. *Colección Navarrete.*



nes velocísimas, que no había puerto, ni cala, ni surgidero donde no aparecieran cuando menos se pensaba. Los portugueses habían lucrado con el comercio de negros; los españoles con el de indios caribes; él había desarrollado en grande escala el de blancos, españoles, portugueses, italianos, de cualquier parte si con la profesión del cristianismo le ofrecían pretexto para echarles mano. En una zona de seis á ocho leguas de distancia del agua, nadie se acostaba en el contorno del Mediterráneo sin la zozobra de amanecer amarrado al banco de una fusta, por efecto de desembarcos y sorpresas nocturnas de que únicamente las ciudades muradas y fuertes se veían libres; así que en las aldeas y en los campos no había ojos que no lloraran.

Crecían en cambio prósperas las poblaciones de Berbería; Argel, sobre todas, comparada por los corsarios en su lenguaje oriental con una novia á quien cada cual llevaba presentes; y vaya si fué sonado el de una nave de las Indias que la suerte les deparó sobre Zahara y que sólo por derechos de Aduanas, al 10 por 100, produjo al fisco la enorme suma de 100.000 ducados de oro!

También habían subido con la reputación de Barbarroja su altivez y ambición insaciable, despertándolas un mensaje del Sultán que le llamaba á Constantinopla, con oferta del mando de su flota en concepto de Almirante Bajá. El Gran Señor, después de los sucesos de Corón, en que tan desgraciado papel representaron sus galeras conducidas por Lufti, pensaba en Barbarroja como el único hombre de mar que podría ponerse frente á Doria y deshacer los obstáculos opuestos al avance de sus tropas hacia Occidente.

El bey de Argel, halagado con la proposición, hizo preparativos, así para dejar en seguridad sus intereses, como para congregarse una escuadra respetable, que si importaba á su decoro poner á la vista del Gran Señor, importaba más á su seguridad, en el caso posible de tropezar en el camino con las galeras de Andrea Doria. Partió á mediados de Agosto de 1533 con siete galeras y 11 fustas y galeotas muy bien aderezadas. A la altura de Cerdeña se juntó con los corsarios de los Gelves,



el principal Iusuf <sup>1</sup>, que tenía una galera tomada á los venecianos y 15 fustas.

Haciendo derrota por las bocas de Bonifacio, recalaron á la costa de Italia, cerca de Monte Cristo; saquearon la isla de Elba, llenando de cautivos las embarcaciones; atacaron á un convoy de naos genovesas que iban á Sicilia, tomando ocho, que fueron incendiadas por no llevar carga. Los genoveses se defendieron cuanto les fué posible, y hubo naturalmente cañoneo, utilizado por el argelino para una de tantas hazañas suyas; destacó fusta con apariencias de auxiliar á Iusuf, y en realidad á dispararle á mansalva á boca de jarro, codicioso de aquella buena galera veneciana y de 400 cautivos que llevaba. Sabido es que así paga el diablo á quien bien le sirve. El golpe no se dió, sin embargo, con tal acierto que no lo notaran los corsarios, y fuéronse marchando con temor de que les pasara otro tanto, sintiendo el argelino no entrar en Constantinopla tan pujante como quería.

La disminución de fuerza le aconsejó rodear la isla Pantelaria, donde una de sus galeras zozobró con toda la gente, sin poder socorrerla. Iba corriendo un temporal de que se abrigó en Lampadosa. De allí pasó á Santa Maura, desviándose de Malta; tuvo noticias de la evacuación de Corón, y de no haber ya por aquel mar naves cristianas, y adelantando una galera para pedir venia, mientras aderezaba las otras, á los cuatro meses de travesía hizo la entrada hasta la punta del Serrallo con 40 velas engalanadas de banderas, tocando chirimías, haciendo salva general, que pareció muy bien.

Todavía mejor encontró el Sultán el cortejo de 200 doncellas; cada una con su vaso de oro ó plata en la mano; los esclavos y muchachos que seguían; los cien camellos en que se cargaron sedas, paños, curiosidades; los leones y otras fieras africanas, formando el regalo destinado al jefe de los creyentes. Lo que no le satisfizo en tanto grado fué la persona del corsario, hallándole demasiado viejo para lo que quería exigirle; impresión aprovechada por los cortesanos contra el

<sup>1</sup> En nuestros historiadores nombrado con las variantes Lojusses, Deliruf, Isuf.



intruso, ya que estaba ausente su amigo y protector el gran visir Ibrahim, inspirador de la llamada, como de todo lo que tenía relación con la política otomana.

En los oídos del Sultán deslizaron los palaciegos insinuaciones del origen bajo, de las piraterías, de los antecedentes de aquel hombre sin fe ni ley, en cuyas manos sería peligroso poner la marina del Imperio, con la que pudiera alzarse, lo mismo que alzado se había con tantas cosas.

Fuéronle oponiendo esperas y dilaciones harto elocuentes para quien conocía el trato de los suyos; y aunque disimuló, corrido en las audiencias de los ministros, conociendo que nada adelantaría sin la intervención de Ibrahim, se encaminó por tierra á encontrarlo en Siria, mostrando en la marcha de 250 leguas, á través de montes nevados, la fibra que no le suponían, así como en las conferencias con el Visir ser el hombre necesario.

Desde aquel momento se operó el cambio de la opinión, investido Barbarroja con las dignidades de Capitán-Baja, miembro del Diván, jefe supremo del arsenal y de la escuadra; Solimán le tuvo en más concepto, oyéndole discurrir sobre la guerra y asegurar ante todo no ser Andrea Doria hombre que le asustara frente á frente con iguales fuerzas y aun con más, ni que le tuviera por superior á él en saber y recursos, como habría de verse empezada la campaña en que se proponía desbaratar la armada del Emperador ó reducirla á la nulidad arrinconada. Teniendo á su disposición tantas galeras como se dieron á su antecesor el año pasado, creía arrojar á los españoles de Berberia, ganándoles hasta el estrecho de Gibraltar, y, hecho esto, podría empezarse la reconquista de España con tanta facilidad como en tiempos de Tárík y de Muza; tomar las islas de Cerdeña, Córcega y Baleares, que no resistirían á su flota; ganar á Sicilia y á Otranto y desde ellas toda Italia, quedando bajo la dominación de Solimán, desde Alejandria á Cádiz, las aguas mediterráneas. Si la exposición parece jactanciosa, en el Consejo de la Puerta no hubo objeciones que hacer á las medidas propuestas para iniciarla.

Entrando el mes de Junio de 1534, salía por los Dardane-



los el novísimo almirante guiando 80 galeras y 22 fustas, potente armada movida al remo por 8.000 griegos y reforzada con 10.000 infantes turcos, de ellos 800 genizaros, ó soldados escogidos de la guarda Real. En caja llevaba 800.000 ducados. Dió el primer golpe en el estrecho de Mesina, sorprendiendo á Reggio; pasó por Calabria, corriendo la costa como huracán que arrasa lo que toca; saqueó los pueblos, incendió las naves en construcción, arrancó de sus casas 11.000 almas, hombres, mujeres y niños, y así continuó delante de Nápoles, de Gaeta, de Civita Vecchia, sembrando el espanto. Por excepción, se atrevió Antonio Doria á picarle la retaguardia con las siete galeras de Sicilia que mandaba.

No eran, pues, palabras vanas las dichas en Constantinopla: si los hechos no las justificaran, hiciéralo Andrea Doria avisando al Emperador que las fuerzas de la Cristiandad reunidas no bastarían para echar de Italia al Argelino. «Vuestra Majestad, decía, tiene armadas 35 galeras y podrá pertrechar seis más en el reino; sería menester que concurrieran diez del Papa, cuatro de Malta, dos de Florencia, una de Génova, una de Lucca, tres de Nápoles, en total 62, para afrontar á Barbarroja. Urge resolver»<sup>1</sup>.

Las fuerzas de la Cristiandad he escrito..... de ellas hay que rebajar las que obedecían á Francisco I, pues que el Cristianísimo rey caballero bien se estaba coligado con los herejes y los turcos con tal de contrarrestar á Carlos V. Convenido tenía con Barbarroja que fuera sobre Génova por mar, al mismo tiempo que él lo hacía con ejército por tierra, bien entendido quedar á cargo de los turcos el castigo de los ciudadanos por haber sacudido la suave dependencia de Francia. El corsario cumplió, llegando con la flota á Saona, y como se pasaba Agosto y no le traían noticia satisfactoria los emisarios que envió á Marsella, hizo rumbo á Biserta, no teniendo ya sitio donde poner más cautivos que los embarcados ni acomodar el botín aumentándolo.

<sup>1</sup> Carta de Andrea Doria al Emperador, fecha á 4 de Agosto de 1534.—*Dirección de Hidrografía, Colección Sans de Barutell, Simancas*, art. 4.º



Recibiéronle con los brazos abiertos en Túnez por el aborrecimiento en que tenían á Muley Hassán ó Hascén, su rey. Destronamiento y ocupación tan fácil y llana, pocas veces se habrá visto, habiendo empleado, más que la fuerza, la astucia, el engaño y la influencia de ciertos renegados españoles.

Urge resolver, seguía escribiendo Doria al César, enviándole los avisos recibidos. Para ello convocó á Cortes en Madrid, necesitado de subsidio, mientras solicitaba el concurso de otros príncipes y aderezaba lo necesario á su plan con reserva profunda. La resolución consistía en hacer saltar de Túnez á Barbarroja antes que tuviera tiempo de fortificarse, porque si de la Goleta hacía otro Argel, no sólo Sicilia y Nápoles, mas también España estaría en jaque.

En los preparativos se empleó cerca de un año; tales eran ellos, y fué el Emperador á ultimarlos en Barcelona, punto de reunión de la flor de la caballería de los reinos, almacén inmenso de provisiones, teatro por algunos días de alardes, fiestas militares y ostentación de las galas que á cual más lucían por entonces los caballeros en la guerra. A medida que las escuadras iban llegando al puerto, hacían salva general, contestada por las otras con artillería, arcabucería y trompetas. Entró el infante D. Luis de Portugal, hermano de la Emperatriz, con un hermoso galeón, 20 carabelas, muchos caballeros y 2.000 soldados. Virginio Ursino, conde de Anguillara, gobernando 12 galeras del papa Paulo III; Aurelio Botigela, con cuatro de la religión de Malta; D. Alvaro de Bazán, con 15 de España; D. Berenguer de Requeséns, con 10 de Sicilia; D. García de Toledo, con seis de Nápoles; Antonio Doria, con cinco que traía por asiento, y algunas sueltas de caballeros que las armaron á su costa, como lo hicieron los príncipes de Salerno y Visignano y Hernando de Alarcón. La llegada de Andrea Doria con 19 fué acontecimiento por la vista de la galera imperial que traía, magnífico vaso esculpido, dorado y dispuesto como para morada del César. Tenía 26 bancos y bogaba cuatro remos en cada uno, de modo que, dejando en claro los dos del fogón y el copano ó esquife, venían á ser 190 los que la impulsaban. A



popa arbolaba estandarte de raso carmesí con un crucifijo bordado, y á los lados las efigies de la Virgen María y del evangelista San Juan, y en los palos y entenas otras banderas de tela de oro con las armas imperiales. Tocaba trompetas, clarines, chirimías y atambores, y después de las salvas saludaba la gente á la voz gritando tres veces: *¡Imperio, Imperio, Imperio!*

Sucesivamente fondearon 42 naos de Cantabria, 60 urcas de Flandes, las de la escuadra de Málaga <sup>1</sup>, las especialmente preparadas para embarque de caballos, dando más y más animación á la ciudad y al puerto.

Don Carlos, habiendo pasado solemne revista á sus fuerzas, hecho devota visita á la Virgen de Monserrat y comulgado en Santa María del Mar, embarcó en la galera imperial el 30 de Mayo de 1535, publicando bando con ordenanzas para el viaje, entre las que una mandaba que hubiera treguas entre todas las personas enemistadas por el término de la jornada, quedando unos y otros bajo el amparo real, y otra prohibía en absoluto el embarco de mujeres <sup>2</sup>.

La armada arribó á Mahón el 3 de Junio, forzada por una tramontana, y al puerto de Cagliari, en Cerdeña, el 12, donde se agregaron las naos de Nápoles. Pasada muestra general, se contaron 74 galeras y 30 galeotas y fustas; es decir, más de cien embarcaciones de remo. De vela, grandes y menores, se acercaban á 300; los soldados de infantería 25.000; los jinetes 2.000, de ellos 800 hombres de armas, no entrando en la cuenta los señores con sus criados, los aventureros, ni la gente de mar <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> «A 19 de Mayo entró en la playa de Barcelona una armada de naos que S. M. había mandado hacer en Málaga, y eran 150 velas que traían á bordo 10.000 soldados y muchas municiones de guerra. Entre ellas había 80 naos gruesas y una mayor que llamaban la Capitana, *que tenía seis gavias* y servía de hospital de la armada. Estuvieron tres días para acabar de entrar.»—Capmany, *Ordenanzas de las Armadas de Aragón*. Apéndice.

<sup>2</sup> No obstante, aparecieron en Túnez más de 4.000 *enamoradas*, según apunta Sandoval.

<sup>3</sup> Desacuerdan las cifras anotadas por los escritores contemporáneos, lo mismo al apreciar el ejército que la armada, en tanto modo, que, mientras unos concretan las naves á 250, otros las crecen hasta 400, contando tafureas, escorchapines y



Se tuvo allí por completa la expedición, y dióse orden de partida el 13 de Junio, llevando en el orden de marcha la vanguardia las carabelas portuguesas, el Emperador en el centro y á retaguardia la escuadra de D. Alvaro de Bazán<sup>1</sup>. Recalaron sin accidente en Porto Farina, intermedio entre Biserta y las ruinas de Cartago, donde sorprendieron y apresaron dos naos francesas que habian llevado emisarios del rey Francisco con avisos de la expedición. Barbarroja los habia aprovechado para activar los trabajos de fortificación en Túnez y la Goleta, poniendo en ellos 9.000 cautivos, de día y de noche; no daba, sin embargo, completo crédito al ataque, ni menos presumía que fuera el Emperador en persona. Las precauciones que primeramente adoptó al saber el arribo fué encerrar 4.000 turcos en la Goleta, montar artillería gruesa, despachar á Bona 12 galeras de las mejores y otras 12 á Argel con los objetos de valor, varar en tierra las otras ó meterlas desarmadas en la dársena bajo los cañones de la Goleta, preparando por todos lados la defensa como quien era. Supónese que llegó á reunir 100.000 hombres,

otras embarcaciones menores. El número aqui fijado es el que consta en la carta escrita por el Emperador al marqués de Cañete desde Caller á 12 de Junio, después de pasada la muestra. En la Academia de la Historia existe «Relación de cómo iban repartidos los señores y caballeros en las 30 galeras que salieron de Barcelona con la persona de S. M.» La publicó D. León Galindo y de Vera en la memoria repetidamente citada, apéndice núm. 7, pág. 375. Supónese con fundamento que la gente de mar y tierra en esta expedición pasaba de 54.000 hombres.

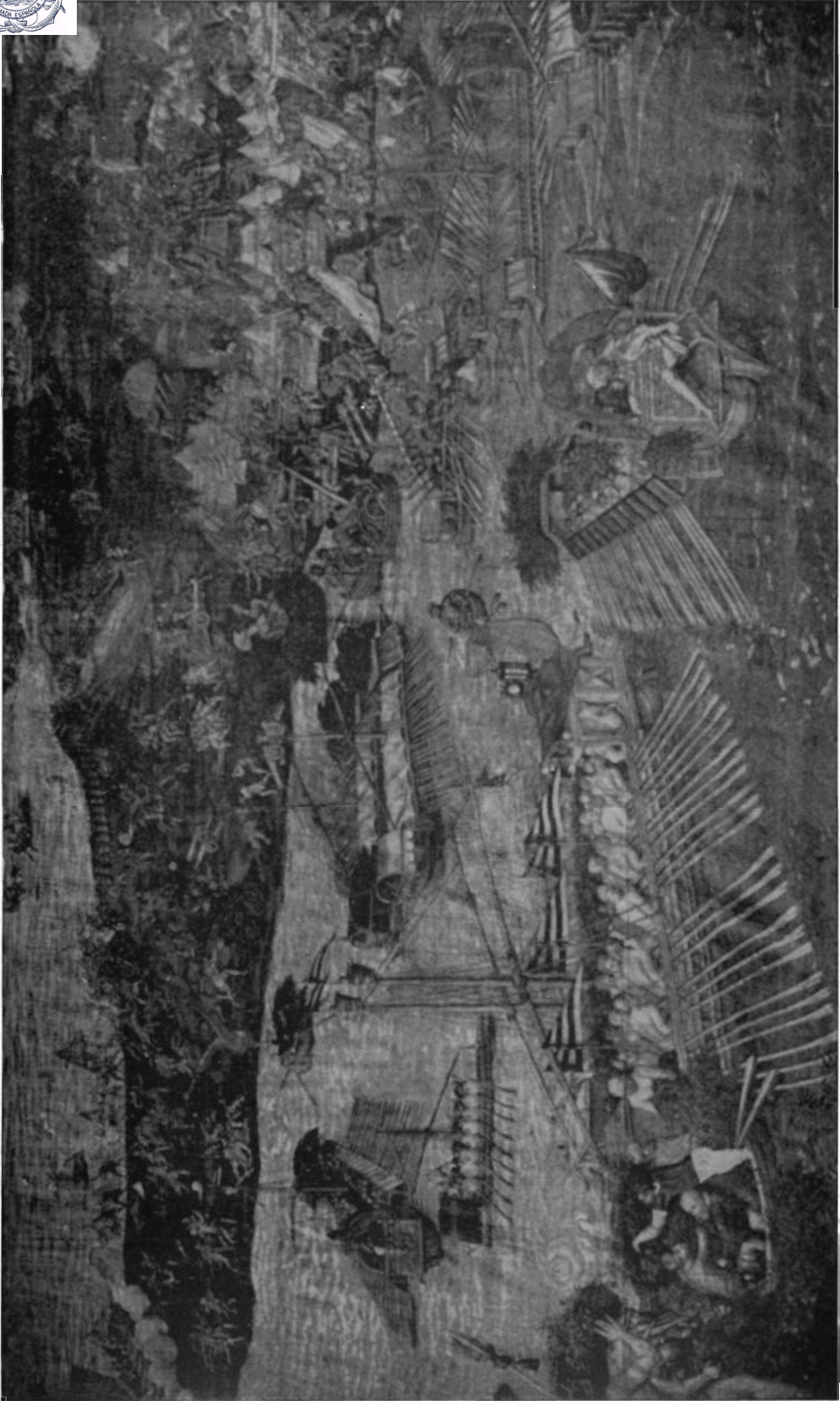
<sup>1</sup> Merece transcripción la noticia de arreos de la galera real que da Sandoval. Tenía esta embarcación 24 banderas de damasco amarillo con las armas imperiales por la borda; un pendón á media popa de tafetán carmesí que llevaba ocho *pierras* y treinta palmos en largo con un crucifijo de oro, y otros dos casi de su tamaño con sendos escudos de las armas del Emperador, y allí junto una gran bandera blanca de damasco, sembrada de llamas y cálices y aspas de San Andrés coloradas, con un letrero en latín (Salmo 4): *Arcum conteret et confringet arma: et scuta comburet igni*. Otras dos de damasco colorado del mismo tamaño con *Plus ultra* alrededor de las columnas. Otra en la antena, de dos puntas, con una espada, escudo y celada, y la leyenda *Apprehende arma et scutum et exurge in adiutorium mihi*. Otra en la gavia que llegaba al agua, con un ángel y el mote *Misit Dominus Angelum suum qui custodiat te in omnibus viis tuis*. Tres gallardetes, en los tres mástiles, de damasco colorado y más de cinco varas de largo, con una estrella de oro, muchas llamas de fuego y letra *Notas fac mihi Domine vias tuas*. La sala y cámara de popa estaba guarnecida de tela de plata, oro y brocado de tres altos, colgaduras de raso y damasco de diversas labores, todo rico.





**Estatua de Juan Sebastián del Cano en el Ministerio de Ultramar.**





**Jornada de Túnez: Galeras de España, tres remos por banco. (De la tapicería de la Real Casa.)**





30.000 jinetes, los más, alárabes montaraces atraídos con la esperanza del robo, de poco empuje, si bien útiles en escaramuzas, amagos y flaqueos. Su táctica consistía en entretener y embarazar al ejército cristiano, contando con que el calor, las tierras pantanosas en que había de acampar y la escasez de agua y vituallas le ayudarían más que las armas de aquellos salvajes. Los turcos tenían la guarnición de las dos plazas y la custodia de los cautivos cristianos encerrados en la aicazaba, habiendo desistido de la idea primera que tuvo de deshacerse de ellos degollándolos.

Pasó la armada imperial de Porto Farina á surgir en el golfo de Túnez, á tres millas de distancia de la Goleta, donde hizo el desembarco de tropa y caballos sin oposición, avanzando desde luego al asedio formal. Las gáleras cubrían el flanco y la retaguardia del ejército, rodeado por una nube de caballos númerados, batiendo luego la torre del Agua, obra avanzada, y los muros de la fortaleza principal, á la que dieron el costado los galeones, el de Portugal á la cabeza, en tanto que los soldados, la pala y el azadón en la mano, adelantaban las trincheras y las baterías.

Era muy fuerte la posición y la defendía hábilmente Sinán Arráez, *el Fudto*, entorpeciendo los trabajos de los sitiadores con vigorosas salidas; costó, por consiguiente, la pérdida de muchos buenos capitanes y de tres generales: el marqués de Final, Marco Antonio Carreto, deudo de Doria; el conde de Sarno, que se había distinguido en Corón, y Jerónimo Espínola, antes que las brechas consintieran el asalto dado por mar y tierra el 14 de Julio, á los veintiocho días de poner el pie en tierra. Se contaron unos 2.000 turcos muertos, los más en la retirada emprendida después que se entró el fuerte, callando las relaciones los que hubiera de nuestra parte en los días del sitio. Trofeo de la victoria fueron más de trescientas piezas de artillería <sup>1</sup>, muchas de bronce, y de ellas algunas de 60 libras de bala marcadas con flores de lis ó con una salamandra entre llamas y el mote *Nutrisco et*

<sup>1</sup> Según García Cereceda, 500, contadas las menudas.



*extinguo*, que acreditaban la procedencia del Rey de Francia. Cayó asimismo en manos de los asaltantes la flota abrigada en la dársena, que llegaba á cien naves de toda especie; las 42, galeras muy buenas, comprendidas la capitana de Barbarroja y la que fué de Portuondo, capturada por Cachidiablo.

En el transcurso del cerco no cesaron de comunicar con Sicilia y con España las naves, llevándose los heridos y los enfermos y volviendo con reemplazos y bastimentos, de modo que en el real hubo siempre abundancia. No economizaron los mareantes tampoco su trabajo en el cerco, enviando sobre el enemigo lluvia de hierro: algunas galeras recibieron tiros mortíferos de enfilada; Doria escapó milagrosamente de uno; D. Alvaro de Bazán fué herido.

Más sintió Babarroja la pérdida de la flota que la de los hombres, porque en la creencia de que se satisfarían los cristianos con lo alcanzado, hubiera ido tras ellos; ni por asomos le ocurría que se internarían marchando hacia Túnez en el rigor del verano, y teniendo fortificados los pasos. Al saber lo contrario marchó á su encuentro con 80.000 infantes y 25.000 caballos<sup>1</sup>, que fueron deshechos en un solo encuentro. Vanamente quiso encerrarse en Túnez para hacer necesario otro asedio: cuando la rueda de la fortuna tuerce, suele cambiar del todo la dirección. Enterados de la derrota los cautivos de la alcazaba, rompieron las prisiones, sobreponiéndose á la guarnición, y asestaron los cañones contra la hueste de Barbarroja desbandada. Tuvo que huir el Argelino seguido de los turcos, acompañándole Sinán y Cachidiablo, que á poco murió de las heridas.

¡Memorable día para la Cristiandad el 21 de Julio! Veinte mil cautivos recobraron la libertad.

En pos de Barbarroja se despacharon 15 galeras genovesas gobernadas por Joanetin Doria, el sobrino de Andrea, y por Adán Centurión, capitán de crédito: al llegar á Bona vieron que el activísimo corsario tenía otras 15, en disposi-

<sup>1</sup> En esta ocasión es cuando se dice que pronunció el marqués de Aguilar, curando el asombro de los soldados, la frase: «á más moros más ganancia.»



ción de batalla, al amparo de un baluarte con artillería, y no osaron acometerle. Dieron vuelta hacia la armada, causando disgusto al Capitán general de la mar la pérdida de ocasión que difícilmente volvería á presentarse. Él en persona partió inmediatamente con 40 galeras; ya era tarde; Barbarroja había marchado á Argel. Atacó, por desquite, á Bona, tomándola, y dejó guarnición en el castillo por poco tiempo; se abandonó adelante, destruyendo las fortificaciones.

Túnez fué entregada por el Emperador al rey destronado Muley Hassán, con ciertas condiciones de vasallaje y la de ceder la Goleta, en que habría presidio de españoles á su costa, como llave que era del reino.

Don Carlos deseaba proseguir la empresa y arrasar la madriguera de Argel, ya que disponía de tan buena armada y le había de servir el temor de los vencidos: los consejeros pensaban de otro modo: la guerra cansa, por cuanto va toda incomodidad en su compañía. Alegaron el adelanto de la estación, la escasez de vitualla, con la especie, entre sus razones, de que Barbarroja tendría que ponerse á la defensiva y no causaría daño. ¡Qué mal le conocían!

Esta opinión prevaleció en las deliberaciones, decidiendo la marcha de las escuadras extranjeras. Lo único que se hizo fué atacar y tomar con poca resistencia á Biserta, para el Bey de Túnez.

El 17 de Agosto dió la galera del Emperador señal de largar velas para dirigirse á Sicilia, mientras las otras volvían al punto de procedencia: visitó seguidamente el reino de Nápoles, deteniéndose más de cuatro meses, y marchó por tierra á Roma, donde le ocuparon serias complicaciones .

1 Podría formarse copiosa bibliografía de la jornada de Túnez, reuniendo las cartas, relaciones, comentarios y elogios en prosa y verso. Al teatro llevaron el asunto José de Cañizares, con la comedia titulada *Carlos V sobre Túnez*, y el licenciado Miguel Sánchez con otra menos conocida, *Cerco y toma de Túnez y la Goleta por el emperador Carlos V*. Encargó el César á Flandes, por memoria, magnífica tapicería tejida con lana, seda, oro y plata, que se conserva en el Palacio Real de Madrid, y presenta las escenas principales de la conquista con las naves y galeras. Se grabó por entonces una medalla de 41 milímetros con el busto lau-



La muerte del duque de Milán volvía á encender la guerra con Francia, instándole á invadirla desde donde estaba, por la misma vía que lo había hecho el marqués de Pescara años antes. Por la costa le guardaba el flanco la armada, llevando Andrea Doria 50 galeras, cuatro galeones y seis naves, unidas con su escuadra las de D. Alvaro de Bazán y D. Galcerán de Requesens. Esta fuerza, que no tenía oposición en la mar, tomó á Antibes, á Tolón, á Frejus, y fué de gran servicio al ejército proveyéndole de víveres; mas no pudieron con Marsella, que estaba bien apercebida, ni el ejército se determinó á internarse siéndole hostiles los pueblos y los campos.

Quiere decir esto que fracasó la campaña. El Emperador ordenó la retirada á Génova, despidiendo una parte de las tropas. Allí embarcado el 15 de Noviembre, sin aprensión del invierno, costeó con la escuadra, llegando á Barcelona el 6 de Diciembre de 1536, con menos bullicio y alegría que cuando iba á Túnez, no dejando de influir en su ánimo generoso la muerte de Antonio de Leyva, ocurrida de enfermedad natural en el campo sobre Marsella. Las galeras condujeron su cuerpo á Génova, porque no quedara en tierra enemiga <sup>1</sup>.

reado del Emperador mirando á la izquierda, en traje romano. Su leyenda CAROLVS V IMP. AUG. AFRICANUS. En el reverso, el Emperador, en el mismo traje, ordenando á los soldados romper las ataduras de los cautivos. Otra medalla de 38 milímetros se acuñó en honra del Marqués del Vasto, capitán general del ejército de desembarco, con su busto á la izquierda y la inscripción ALFON. AVAL. MARQ. VAS. CAP. GEN. CAR. V. En el reverso, una palmera, barca, despojos, un guerrero sobre trofeos militares; y arriba, AFRICA CAPTA. Por fin, en el Museo del Louvre, en París, sala de Apolo, se muestra un plato de plata repujado y cincelado, obra delicadísima de orfebrería, en que aparece la galera imperial pavesada con flámulas, estandarte, fanal, y abajo una cartela en que se lee:

EXPEDITIO. ET. VICTORIA.  
AFRICANA. CAROLI. V. ROM.  
IMP. R. F. AVGVSTO. 1535.

<sup>1</sup> García Cereceda. Se depositó en San Teodoro, convento de la orden de San Agustín, extramuros.